

oir tan injuriosa palabra, y le llevaron á presencia de Moises. Una profanacion tan grave y tan nueva puso en cuidado á Moises; y por tanto consultó al Señor sobre el castigo que merecia. Dios mandó que fuese apedreado hasta morir, por aquellos mismos que habian oido la blasfemia; y que así se castigase en lo sucesivo aquel género de pecado.

NUMEROS.

El Señor quiso ahora aproximar su pueblo á la tierra prometida, y para que supiese el número de hombres que podian llevar armas, mandó á Moises, hacer un encabezamiento general de los Israelitas de veinte años arriba, y capaces del servicio militar, para la defensa y seguridad del pueblo: y hecha la lista, subió el número á seiscientos tres mil, quinientos y cincuenta hombres útiles. Se nombráron generales, y se dió el reglamento que se habia de observar en los campamentos para pasar el desierto de Sinai, y el de Faran. Todo arreglado se pusieron en marcha, guiados siempre por la nube que cubria el Tabernáculo, y defendía al pueblo de los ardores del sol durante el día, y por el resplandor de fuego que los alumbraba durante la noche. En este orden prosiguió el pueblo de Dios su marcha al desierto de Faran: pero este pueblo incorregible se disgustó ahora del maná, y querian otro alimento. Se acordaban de las carnes, de los peces y de todas las verduras del Egipto, y esta memoria era estímulo á la murmura-

cion contra Moises, y continuada queja contra el Dios que los habia librado. El paciente Moises fué ahora tan incomodado con el clamor general, que pidió vivamente á Dios le quitase de sus hombros la carga de aquel pesado pueblo, ó le quitase la vida. El Señor le consoló prometiéndole carne para el día siguiente; y fiel á sus promesas envió al campamento una manga de codornices que cubrió la tierra por todo un día; y de ellas tomaron cuantas quisieron para comer, secar, y guardar. Dios los castigó al mismo tiempo con una plaga terrible, en castigo de sus antojos y murmuracion.

Moises recibió orden del Señor para combatir y echar de la tierra de Canaan las naciones idólatras que la habitaban, y que tomara posesion de aquella tierra que era la prometida. En virtud de esta orden, doce hombres, uno de cada tribu, fueron nombrados para explorar la tan deseada region, y traer toda la informacion necesaria, con respecto á la feracidad del terreno, el estado de poblacion, y carácter de sus habitantes. Estas doce espías volviéron al cabo de cuarenta dias, haciendo elogios de la hermosura y abundancia de la tierra, y en prueba de su fertilidad trajéron un racimo de uvas tan grande, que dos hombres le cargaban en los hombros suspendido de un varal. Nada puede igualar á la alegría y deseo de los Israelitas por entrar en la tierra de Canaan: pero cuando oyéron que los Cananeos eran hombres valerosos, y que habitaban ciudades grandes y fortalecidas, su gozo se convirtió en terror pánico, y se aco-

bardaron tanto, que amotinándose contra Moises, conviniéron en elegir un caudillo que los volviese á Egipto á vivir bajo el poder de Faraon. Esto provocó la justicia de Dios, y castigó de muerte á los diez exploradores que habian causado aquel disgusto con sus temores infundados, reservando solo á Josué y Caleb, que llenos de confianza en el Señor procuráron animar al pueblo para emprender la conquista. El Señor perdonó al pueblo por los ruegos de Moises, y les prometió de nuevo la posesion de la tierra de Canaan, por amor de Abraham, de Isaac y de Jacob; pero todos aquellos que habian desconfiado de su promesa, habian de vagar cuarenta años por el desierto, hasta que pereciera su generacion.

Moises principió ahora á experimentar los tiros de la envidia. Sin embargo de ser el mas humilde de todos los Israelitas, no podian tolerar que fuese el único á quien Dios hablase. Aaron el sacerdote y hermano mayor de Moises, y María su hermana, aquella misma muchacha que se ofreció á la hija de Faraon para buscar una nodriza que criara al niño espósito su hermano, murmuraban ahora de Moises. Aaron se quejaba de que el pueblo mirase á su hermano como único órgano de la voluntad de Dios, alegando que él tambien habia oido al Señor: y María murmuraba de que Moises estuviese casado con una muger que no era Israelita. El Señor tomó la defensa de su siervo Moises, reprendió á Aaron, y castigó á María con lepra: el humilde hermano rogó á Dios por ellos, y fuéron perdonados.

Este disgusto doméstico era indicio de una conspiracion formada por un partido numeroso: tanto mas perniciosa, cuanto eran mas respetables los conspiradores. Coré nieto del patriarca Leví, Datan y Abiron los principales de la tribu de Ruben, con docientos y cincuenta gefes mas, se declaráron abiertamente, reueltos á privar á Moises y á su familia del supremo poder, y del ministerio del Tabernáculo. Llenos de envidia, y movidos de la ambicion convocáron una asamblea, y acusáron allí de usurpadores á Moises y á Aaron. Atónito Moises al oír una acusacion tan atrevida, se postró en la tierra é imploró, como siempre hacia, la proteccion del Señor en su defensa; y levantándose dijo: «Coré, ven tú mañana con todos tus asociados á la puerta del Tabernáculo, y traed vuestros incensarios, el Señor mostrará entónces su eleccion.» A la hora convenida, se presentáron todos ante el Tabernáculo; Moises y Aaron á un lado, Coré y sus partidarios al otro. Dios apareció y habló á Moises delante de toda la congregacion, mandó separar á los sediciosos, y á vista de todo el pueblo, se abrió la tierra y tragó á Coré, Datan, y Abiron; al mismo tiempo salió fuego, y consumió á los docientos y cincuenta mas notables de los facciosos.

Despues de este castigo, quiso el Señor manifestar visiblemente á su pueblo la eleccion que se habia dignado hacer de la tribu de Leví en la familia de Aaron para el ministerio de su Santuario; y ordenó poner en el Tabernáculo junto al Arca de la alianza doce varas, escrito en cada una el nombre del príncipe de

cada tribu, incluyendo la de Aaron por la tribu de Levi; declarando que la vara de aquella tribu que floreciese mostraria la tribu que el Señor habia escogido para el ministerio sacerdotal. Las doce varas quedaron en el Tabernáculo toda la noche; al dia siguiente volviéron los doce príncipes al Tabernáculo, y á su mayor admiracion halláron que la vara de Aaron no solo habia echado botones y flores, mas estaba cubierta de hojas, y cargada de almendras; los otros príncipes recogieron sus varas, secas como las habian depositado. De este modo quedó establecida la prerogativa del sacerdocio de Aaron fuera de toda duda.

Sosegado el pueblo de Israel despues de la sedicion de Coré y sus compañeros, Moises pidió al Rey de Edon paso por su tierra bajo términos muy prudentes, pero rehusándolo Edon, se halló Moises precisado á dirigirse hácia el monte Hor. Aquí murió el sumo sacerdote Aaron, y Eleazar su hijo le sucedió en el pontificado; habiéndose hecho esta investidura en el mismo monte. Luego que Moises bajó de Hor con Eleazar, dió sus órdenes, y comenzó la marcha del pueblo para entrar en la tierra de Canaan. Advertido de este movimiento, Arad, rey de los Cananeos, le salió al encuentro con gente armada, mas los Israelitas protegidos por Dios le vencieron; él murió y sus ciudades fueron tomadas.

Despues de esta victoria, llevó Moises al pueblo por un camino junto al Mar rojo, para rodear la tierra de Edon: y siendo este parage sumamente árido les faltáron los víveres, y el pueblo comenzó á mur-

murar. Favores singulares, castigos ejemplares, milagros estupendos, nada era capaz de corregir el natural impaciente y desconfiado de los Israelitas: si escaseaba el alimento, si faltaba el agua, si temian á un enemigo, en cualquier apuro en que se vieran, no solo culpaban á Moises, mas aun censuraban la divina Providencia, y sentian haber salido de la esclavitud de Egipto. En esta jornada se impacientáron tanto, y mostráron tanta insolencia, que provocáron la venganza de Dios, y sufrieron terriblemente por su murmuracion criminal. El Señor inundó el campamento con un enjambre de serpientes abrasadoras, cuyas picaduras fueron mortales á los mas sediciosos, y muy dolorosas á todos. La murmuracion y sarcasmos de esta discolá generacion se convirtieron al instante en suspiros y arrepentimiento: y Moises movido á compasion intercedió por ellos al Señor, y sus ruegos fueron oídos. Dios le mandó hacer una serpiente de bronce, y ponerla por señal en medio del campamento, lo cual hecho, las serpientes desaparecieron, y los picados por ellas sanáron.

Moises levantó despues su campo, y pidió á Sehon rey de los Amorrheos paso por su tierra; este le negó, y se puso sobre las armas, pero quedó vencido, y muerto. Og rey de Basan siguió su ejemplo, y tuvo el mismo fin que el Amorrheo; el pueblo animado ahora con estas dos victorias procedió hasta las llanadas de Moab, y se acampó á la vista de Jericó. Balac rey de Moab informado de la derrota y muerte de Arad y de Og, no se atrevia á oponerse con las ar-

mas, é hizo llamar al adivino Balaan, para que maldijera al pueblo de Dios; pero este se abstuvo de hacerlo por amenaza del Señor. El Moabita instaba á Balaan para que fuera á maldecir á aquel pueblo que tanto temia, y el Señor permitió á Balaan ir á ver al rey, á condicion de no decir otra cosa, sino la que el Señor le inspirara. Balaan partió á la mañana, montado en su borrica, lleno de vanidad por verse cortado de un rey, tentado con los ricos presentes que le habia enviado, y formando pensamientos, como podria eludir la amonestacion del Señor. Embebecido en estas cavilaciones seguia su camino, cuando la borrica se paró de repente, detenida por la presencia de un Angel que estaba en medio del camino con una espada en la mano. Balaan, que no veia al Angel, se incomodó con la borrica, y le dió fuertes varazos: la inocente bestia detenida por delante, y apaleada por detras, se echó al suelo; Balaan mas incomodado la golpeaba con mayor fuerza, hasta que movida la burra por el poder de Dios, volvió la cabeza, habló y le dijo: ¿qué te he hecho yo? porqué me has apaleado tantas veces? no he sido siempre una buena burra para tí? Balaan vió entónces al Angel que le amenazaba con la espada, y despavorido se arrojó al suelo. El Angel le reprendió por su impiedad, por su avaricia, y por su crueldad, y le dejó seguir su camino encargándole no decir sino las palabras que el Señor le inspirara. Balaan llegó á presencia de Balac, quien le pidió maldijera á aquel pueblo venido de Egipto; pero como el Señor inspiraba al adivino, en lugar de

maldiciones, pronunciaba bendiciones, y predecia muchas victorias.

Luego que el Señor cesó de inspirar á Balaan, habló este segun la iniquidad de su corazon. Aconsejó al Rey enviar las mugeres Moabitas y Madianitas al campo del pueblo de Israel para seducirle á la idolatría, hacerle perder el favor de Dios, y frustrar de este modo el efecto de las bendiciones que habia pronunciado por inspiracion. El malvado consejo fué admitido, y produjo consecuencias muy fatales, pues gran parte del pueblo prevaricó. Irritado el Señor castigó primero á su pueblo, haciendo morir veinte y cuatro mil de los culpados: y despues castigó á los Madianitas, con la derrota y muerte de cinco Reyes, la del adivino Balaan, la de todos los hombres Madianitas, y de todas las mugeres que habian seducido á los Israelitas, reservando solo á las doncellas. La cólera de Dios fué aplacada por el santo zelo de Finees, que mató á Zambri y Cozbi en actual delito; y por este hecho de su zelo por la honra de Dios, sucedió á su padre Eleazar en el sacerdocio.

Moises y Aaron habian cometido una culpa, la cual aunque leve, no quiso el Señor quedara impune. Estando el pueblo de Israel en el desierto de Sin, les faltó el agua, y se amotinaron contra Moises y Aaron. Los dos santos hermanos acudieron al Señor en este conflicto, el cual mandó á Moises tomase la vara de los prodigios, que estaba delante del Señor, y que fuera á la roca: la instruccion fué que hablase á la roca delante del pueblo, y luego brotaria agua en

abundancia. Moises fué al parage, y sea que dudó diera agua la roca con sola la palabra, ó que perdió por el momento su acostumbrada mansedumbre; en lugar de hablar, dió con la vara dos fuertes golpes á la peña, cosa que no se le habia mandado. Aaron inadvertidamente, ó con alguna presuncion, asumió en sí el poder de sacar agua de una piedra. Dios que conoce el interior del hombre, halló culpable á los dos hermanos en esta ocasion; y entónces les declaró que en pena de esta desconfianza, no habian de entrar en la tierra prometida. Y en cumplimiento de esta sentencia murió Aaron, y ahora se acercó el fin de su hermano.

DEUTERONOMIO.

Moises habia ya conducido á los Israelitas hasta las orillas del Jordan barrera que él sabia de antemano no habia de pasar. Entónces llamó á Josué, y en presencia de todo el pueblo le confirió el gobierno, como á sucesor; luego se dirigió al pueblo, y le repitió todo lo que Dios habia hecho á favor de ellos, tanto en tiempo de paz, como en tiempo de guerra, para perpetuarlo en la memoria de todos. Tambien les repitió la Ley, y exhortó al pueblo á meditarla y observarla: dejándola escrita, por mandado de Dios, en un libro que fué puesto por los Levitas á un lado del Arca de la alianza del Señor en el Tabernáculo; y el cual desde entónces ha sido vene-

rado por mas de treinta y dos siglos, casi en todo el mundo.

Cuando este santo Legislador conoció que se acercaba la hora de su disolucion, exhortó á Josué á desempeñar dignamente el alto empleo á que habia sido nombrado; á confiar siempre en Dios sin desmayar; y que concluida la conquista, distribuyese la tierra á las tribus con equidad. Luego recordó al pueblo las bendiciones de que se verian colmados, si obedecian al Señor, y las maldiciones que caerian sobre ellos, si olvidando á su Dios, seguian á los ídolos: encargándoles con particularidad instruir á sus hijos en la Ley, y acostumbrarlos á vivir en el santo temor de Dios. Despues de estas santas exhortaciones, subió por mandado de Dios al monte Nebo, enfrente de Jericó, en las llanadas de Moab. Allí le dijo el Señor, mostrándole todo aquel pais: Esta es la tierra por la que juré á Abraham, á Isaac, y á Jacob diciendo: « á tu linage la daré. » La has visto con tus ojos, mas no pasarás á ella. Moises tendió su vista por aquella suspirada region; y recogióse luego en sí mismo, murió á los ciento y veinte años de su edad. El pueblo de Israel lloró su muerte por muchos dias, vestidos todos de luto como era debido; porque Moises habia sido el mas fiel amigo de los Israelitas, y el mas incesante mediador á favor del pueblo.